

NUEVAS FORMAS DEL MILITANTISMO EN LA ÉPOCA NEOLIBERAL

Luca Marsi*

* Université Paris Ouest Nanterre La Défense. E-mail: lmarsi@u-paris10.fr

Recibido: 4 diciembre 2014 / Revisado: 12 marzo 2015 / Aceptado: 21 mayo 2015 / Publicado: 15 febrero 2016

Resumen: A la vez que produce múltiples formas de violencia socioeconómica (desempleo estructural, precariedad, pobreza), el capitalismo neoliberal intenta evacuar cualquier tipo de reacción anti-sistémica, condenando la violencia. Ante estos procesos emergen en Europa nuevas formas de protesta que toman distancia del militantismo tradicional. Mediatización, teatralización, espíritu festivo, rechazo a la teorización ideológica y a la violencia: en cierto sentido, se trata de una nueva “estética” del militantismo. ¿En qué medida esta postura puede, paradójicamente, ser funcional a la consolidación del modelo neoliberal? La presente comunicación se propone reflexionar, por un lado, acerca de la legitimidad de la violencia como modalidad del diálogo político y, por otro, sobre los límites del nuevo militantismo “no violento” en relación con las contradicciones intrínsecas de la ideología neoliberal.

Palabras clave: Violencia, militantismo, protesta, capitalismo, neoliberalismo

Abstract: Neoliberal capitalism produces socio-economic violence (structural unemployment, precariousness, poverty), but its discourse condemns the violence and tries to prevent any anti-capitalist reaction. In such context, new forms of social protest are spreading in Europe and distance themselves from traditional activism. Mediatization, dramatization, festive atmosphere, refusal of violence and of any ideological theorization: in some way, it is a new “esthetics” of activism. This paper intends to explain why this posture can paradoxically strengthen the neoliberal model. It analyzes the

choice of violence as a legitimate tool of the political “dialog” as well as the limits of new “no violent” activism in relation with the contradictions of neoliberal ideology.

Keywords: Violence, activism, social protest, capitalism, neoliberalism.

1. INTRODUCCIÓN: NEOLIBERALISMO Y VIOLENCIA

El capitalismo es, por su propia naturaleza, un modo de producción inestable, debido al conflicto que opone el capital al trabajo. Esto engendra un proceso de transformación incesante en el que las condiciones socioeconómicas estructurales se modifican en el tiempo y en el espacio, pero quedando intacta e invariable la lógica de acumulación del capital mediante la explotación del trabajo¹. Así es como, a principios de los años ochenta, el capitalismo europeo ha ingresado en una nueva fase – el neoliberalismo – que ha sustituido la precedente etapa fordista. No es nuestro propósito describir aquí las características del modelo neoliberal, sobre el que ya existen numerosas publicaciones, pero cabe recordar la importancia del papel desempeñado por la ideología en dicho sistema: los efectos de la ideología neoliberal (elemento de la superestructura) consolidan retroactivamente la infraestructura y, por consiguiente, las relaciones de fuerza entre las clases sociales (capital y trabajo). Ob-

¹ Cf. Bihl, A., *La novlangue néolibérale. La rhétorique du fétichisme capitaliste*. Lausana, Editions Page deux, 2007, 61-62.

jetivo fundamental de esta nueva ideología es la transformación del individuo en emprendedor de sí mismo, en hombre-empresa, en un sujeto que va más allá de la fría racionalidad calculadora y cortoplacista del *homo œconomicus* para convertirse en un sujeto perpetuamente ocupado en la inversión de su propio “capital humano”, al fin de mejorar constantemente sus performances. El discurso neoliberal empuja el individuo hacia la búsqueda de una superación de sí mismo y hacia la percepción y la aceptación del “riesgo” como si fuera un factor natural inherente a la vida humana². De ahí que se nos estimule a gestionar nuestra vida como si fuera una actividad empresarial y a aceptar el riesgo de fracasar tal como lo concibe el emprendedor: al tener todos un capital humano, somos los artesanos de nuestro destino y los únicos responsables de nuestros éxitos y fracasos. Quien fracasa ha sido un emprendedor ineficaz, no supo invertir y/o gestionar correctamente sus recursos. El riesgo de empantanarse en la trampa del desempleo o de la precariedad laboral se considera como un efecto natural – indeseable, por cierto, pero natural – de los mecanismos y vicisitudes – “naturales” y “normales” también – de la economía de mercado (expresión “neutra” que el discurso convencional prefiere a la de capitalismo, la cual nos retrotraería a épocas de antagonismos político-ideológicos arcaicos y supuestamente superados). Como lo dijo Laurence Parisot, ex presidenta del Medef (*Mouvement des entreprises de France*, la organización patronal francesa): “La vida, la salud, el amor son precarios. ¿Por qué el trabajo debería escapar a esta ley?”³.

² Para un análisis exhaustivo del modelo y de la ideología neoliberales, véase Dardot, P.; Laval, C., *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société néolibérale*. París, La Découverte, 2009.

³ “La vie, la santé, l’amour sont précaires, pourquoi le travail échapperait-il à cette loi ?” (la traducción al español de esta cita es nuestra, así como la de todas las citas siguientes en francés e italiano). Esta frase ha sido reproducida en numerosas páginas web. Véase por ejemplo el periódico *Le Monde* < http://www.lemonde.fr/idees/chronique/2011/01/30/la-vie-la-sante-l-amour-sont-precaires-pourquoi-le-travail-echapperait-il-a-cette-loi_1472284_3232.html > [con acceso el 20/08/2014]. Todas las páginas Internet indicadas a continuación en las notas de este artículo han sido consultadas el 20 de agosto de 2014.

Es más, quien (de)cae en la precariedad o en el paro, se lo merece. Como lo ha observado el sociólogo Zygmunt Bauman, los precarios y las personas sin trabajo o sin domicilio fijo se convierten en víctimas de su propia indolencia: la exclusión social que padecen sería el fruto de su incapacidad para hacer lo que tenían que hacer. El sistema los pone en una posición activa: si están marginados del mercado laboral, es por su culpa. Así es como el discurso dominante convierte la exclusión social en un acto de automarginación y la ejecución en un suicidio social⁴. Por consiguiente, el paro y la precariedad profesional, que se manifiesta bajo la forma de contratos laborales inestables, dejan de ser el resultado de procesos políticos para convertirse en meros efectos técnicos y colaterales de los procesos económicos, en un contexto que pierde a su vez todo tipo de connotación política.

Quizá sea ésta la forma de violencia peor y más sutil que produce el capitalismo neoliberal. Desempleo estructural y permanente, precariedad e inestabilidad laboral, difusión de nuevas formas de pobreza descalificadora que afectan a franjas cada vez más amplias de la población⁵: son, éstos, los efectos más visibles y conocidos del neoliberalismo. Pero peor aún es presentar esos fenómenos como mecanismos naturales, o sea el ocultamiento de su dimensión política y la negación de que son el resultado de una construcción social.

Subrepticia y perversamente, esta forma de violencia constituye en el mismo tiempo una herramienta destinada a descebar las potenciales respuestas violentas que los excluidos podrían dirigir contra el sistema en sí y como tal. Esto no significa que no haya o no pueda haber reacciones sociales virulentas, pero el sistema dominante procura desviarlas hacia causas colaterales (como el matrimonio homosexual, la llamada “ecotasa” o bien el conflicto israelí-palestino, que provocaron recientemente manifestaciones violentas en Francia). A veces, no lo logra. Piénsese en el caso de Grecia, donde la crisis llegó a un tal nivel de paroxismo que desató una protesta muy violenta y un cuestio-

⁴ Cf. Bauman, Z., *Homo consumens*. Lo sciame inquieto dei consumatori e la miseria degli esclusi. Gardolo, Erickson, 2007, 55.

⁵ Cf. Paugam, S., *Les formes élémentaires de la pauvreté*. París, Presses Universitaires de France, 2005.

namiento del capitalismo neoliberal, o bien en el caso de Notre dame des Landes, en el Oeste de Francia, donde la protesta violenta contra la construcción de un nuevo aeropuerto ha adquirido también un tono anticapitalista. Sería inexacto, entonces, decir que no hay reacciones sociales violentas en absoluto: las dificultades vividas cotidianamente por un número creciente de personas y el contexto de crisis estructural son la causa de mucha tensión que se va acumulando y explota periódicamente en manifestaciones violentas de desahogo. Pero la violencia ha dejado de expresarse como reacción sistemática en contra del capitalismo como tal. Las manifestaciones violentas, cuando las hay, se producen de manera aislada, fragmentada, ocasional y esporádica. Así la opacidad del sistema difumina la relación que debería vincular los temas de las protestas; por consiguiente, la contestación ya no está dirigida contra el capitalismo, al que – como modo de producción dominante y fundamento de la vida social – habría que identificar en cambio como la causa primaria de los problemas que denuncian aisladamente los activistas.

En la medida en que se ha logrado inyectar en el espíritu colectivo la idea de que la economía de mercado es la organización “normal” de la sociedad, con sus corolarios indisociables de responsabilización y precarización de la vida individual, ya no hay razón para rebelarse contra el sistema. Al borrar la naturaleza eminentemente política del proceso de precarización individual, la ideología neoliberal elimina los elementos para que pueda concebirse la idea misma de una rebelión anticapitalista. Asimismo, la violencia se admite y se produce en un solo sentido: la violencia neoliberal opera produciendo en el mismo tiempo anticuerpos encaminados a anestesiar, neutralizar y evacuar la reacción anti-sistémica de sus víctimas.

Además hay mucha confusión ideológica – como es posible constatar en numerosas protestas donde confluyen manifestantes tanto de derecha como de izquierda – generada por la acción del discurso neoliberal que erosiona paulatinamente las fronteras entre campos político-ideológicos opuestos. En Francia, por ejemplo, los líderes de la derecha, como Nicolas Sarkozy, e incluso de la extrema derecha, como Marine Le Pen, reivindican absurdamente – pero muy hábilmente – la herencia del pensa-

miento de Jean Jaurès, figura destacada del socialismo francés a finales del siglo XIX y principios del siglo XX⁶.

Un estudio pormenorizado de tales procesos y de las prácticas de “desviolencia” empleadas por el aparato neoliberal no cabe en el marco del presente trabajo⁷, pero estos asuntos nos ofrecen la transición hacia un análisis de la forma bajo la cual se expresa actualmente la protesta social en el sistema neoliberal, tema-objetivo del presente artículo.

2. EL NUEVO “ARTE DE SER MILITANTE”

En el contexto social que se acaba de describir, en países europeos como Francia, España e Italia se han ido formando numerosos colectivos de activistas cuya protesta se focaliza sobre problemas múltiples y variados: precariedad laboral, contaminación ambiental, dificultades de alojamiento, acceso a la vivienda, omnipresencia de la publicidad, etc. ¿Cuál es la postura de estos movimientos ante la violencia del sistema? ¿Cuál es su discurso? De manera general, no se trata de una postura violenta. En Francia, en particular modo, pero en España también, emerge un nuevo militantismo que toma explícitamente distancia del activismo tradicional y reivindica la opción por la no violencia. Humor, teatralización, mediatización, creatividad, espíritu festivo y, sobre todo, rechazo a la teorización ideológica y a la violencia: éstos son los rasgos principales del nuevo militantismo.

Por ejemplo, la página web indignado.org hablaba de las nuevas formas de protestar en los siguientes términos: “Internet y acciones novedosas, artísticas y no violentas, sustituyen a antiguas ocupaciones y manifestaciones. La web demuestra una mayor eficacia que otras formas tradicionales de reivindicar”⁸. En Francia, numerosos colectivos comparten esa mis-

⁶ Cf. Pellissier, J.; Bréville, B., “L’art de tuer Jaurès”, *Le Monde diplomatique*, julio de 2014, 28.

⁷ Para un análisis de este proceso, véase Marsi, L., “Esthétisation et normalisation de la précarité dans la société néolibérale”, en [Contarini, S.; Marsi, L. (ed.)], *Précarité. Pour une critique de la société de la précarité*. Nanterre, Presses Universitaires de Paris Ouest, 2014, 109-124.

⁸ Disponible desde Internet en <<http://indignado.org/nuevas-formas-de-protestar/11941>>.

ma actitud: la *Brigade Activiste des Clowns* (brigada activista de los payasos) se propone “hacer la guerra con amor”; *Les Désobéissants* (los desobedientes) afirman ser “conscientes de los límites inherentes a las formas tradicionales de movilización que [...] han dejado de atraer a las nuevas generaciones de militantes” y por ello decidieron “formar una nueva red informal de militantes para la acción directa y no violenta”; *Génération Précaire* (generación precaria) no se refiere al carácter violento o no violento de su acción, pero sí reivindica su “independencia” y su desconexión de cualquier partido político o sindicato⁹.

Muy significativamente, en Francia se publicó un libro titulado *Un nouvel art de militer*¹⁰ (un nuevo arte de ser militante) que muestra, con fotos, las acciones más espectaculares de los nuevos activistas: “*Un nouvel art de militer* propone una visita intensa y colorada de estas redes de activistas [...]. Hay payasos submarinos, ‘salvadores’ de los ricos, pintarrajeadores de vallas comerciales, sembradores clandestinos de girasoles... todos reunidos en una misma estética”¹¹. En España, *El País* también publicó un artículo describiendo las nuevas maneras de protestar en esos mismos términos: “En los últimos tiempos proliferan singulares formas de protesta, de la mano de las nuevas tecnologías algunas, vistosas todas, que elevan el mensaje por unas horas con tremenda efervescencia debido a la ayuda de los nuevos canales de comunicación. El grupo flamenco Flo6x8 ha tenido resonancia internacional por sus espectáculos de cante y baile en las oficinas Bankia, lo mismo que el vídeo de las amas de casa interpretando macroeconomía en el patio común (*Hablando en plata*, se titula); los sindicatos también han recurrido a vigiliadas de poesía y cante; los antitaurinos saltaron al ruedo, las besadas de los grupos homosexuales, las marchas de ciclistas desnudos... Y el movimiento

15-M una exitosa y singular forma de protesta”¹². Nótese – y no es por casualidad – que dicho artículo ha sido publicado en la sección “Sociedad. Vida & Artes” del periódico, asociando así el nuevo activismo a un arte y a una nueva estética.

Junto con ese tono artístico, el militantismo postmoderno también reivindica un carácter lúdico, en oposición a las formas de lucha tradicionales: “[Somos] gente que milita divirtiéndose. Por muy extraño que pueda parecer, cada vez somos más numerosos los activistas que militamos bromeando (aunque no sólo bromeando)”¹³. En particular modo, se subraya el carácter festivo, no violento y no ideológico. Como lo afirmaba el sitio web de Agora Vox (“medio de comunicación 100% ciudadano y 100% participativo”), los militantes se vuelven simpáticos gracias a la risa festiva: la ausencia de violencia, insultos y cólera sería precisamente lo que estimula la gente a escucharles y a juntarse con ellos¹⁴.

Pero además del rechazo a la violencia y a las ideologías, los nuevos colectivos también se caracterizan por su propia organización: la estructura vertical de la jerarquía ha sido sustituida por la horizontalidad de la red. No hay jefes, al menos oficialmente, y el activista tiene una libertad total para modular su compromiso en función de sus ganas: puede ir eligiendo las acciones de protesta en las que desea participar y pasar de una acción a otra tan fácilmente como se cambia de canal televisivo. Aludiendo al zapeo televisivo, Agora Vox habla efectivamente de “militantismo-zapping” para referirse a un activismo que no compromete al individuo de manera durable, sino únicamente hasta que se termine la acción en la que ha elegido participar – un fenómeno, éste, que se inscribe en el marco de los procesos de absolutización del

⁹ Disponibles desde Internet en < <http://brigadecloons.wordpress.com/le-manifeste-de-larmee-des-clowns/>; < <http://www.desobeir.net/>; < <http://www.generation-precaire.org/-Objectifs-du-mouvement->.

¹⁰ Cavalié, C; Porte, S., *Un nouvel art de militer*. Happenings, luttres festives et actions directes. París, Editions Alternatives, 2009.

¹¹ Disponible desde Internet en < <http://generation-precaire.org/Un-nouvel-art-de-militer>.

¹² Morán, C.; Limón, R., “Activismo efervescente”, *El País*, 08/08/2012. Disponible desde Internet en <http://sociedad.elpais.com/sociedad/2012/08/08/actualidad/1344453806_680343.html>.

¹³ “Bug Brother. Qui surveillera les surveillants ?”, *Le Monde.fr*. Disponible desde Internet en <<http://bugbrother.blog.lemonde.fr/2009/11/04/un-nouvel-art-de-militer/>>.

¹⁴ No hay acceso a la página <<http://www.agoravox.fr/actualites/citoyennete/article/un-nouvel-art-de-militer-68048>> (consultada en octubre de 2012).

presente, “instantaneización” y fragmentación de las experiencias espacio-temporales, típicos de la era postmoderna¹⁵. Obsérvese que, además de la posibilidad de fragmentar sus experimentaciones de compromiso social, el individuo puede hacer su propio “bricolaje” y crear su propio grupo de parados/precarios siguiendo las instrucciones del *Mouvement National des Chômeurs et Précaires* (Movimiento nacional de los desempleados y precarios), que “te ayudará y dará las herramientas (acompañamiento, métodos, recursos materiales) para tener éxito”¹⁶. Desde la misma perspectiva, el colectivo *Les Désobéissants* propone cursillos y prácticas asociando teoría y ejercicios, simulaciones y técnicas para aprender a ejecutar una acción de protesta no violenta. Como lo explicaba la página web de la revista ecologista *EcoRev'*, algunos de estos nuevos colectivos se han convertido en profesionales del activismo y han hecho del militanismo su actividad profesional, creando su propia sociedad para subcontratar las acciones mediáticas en contrapartida de una remuneración. Así, la fragmentación de la acción colectiva en una multitud de movimientos paralelos se acompaña de un proceso de profesionalización del activismo.

Por último, pero no menos importante, los nuevos movimientos contestatarios tienden a compartir la renuncia a una transformación radical de la sociedad, es decir, la renuncia a una subversión del capitalismo: la búsqueda de una transformación radical de la sociedad ha sido sustituida por operaciones espectaculares y mediáticas, cuyo efecto quiere ser inmediato, pero sin salir del sistema capitalista. Tal como se lee en la página web de *Génération Précaire*, “en un contexto donde se cuestionan las organizaciones clásicas y las ideologías globalizan-

tes, [...] la utopía incierta de una transformación radical de la sociedad ha sido sustituida por operaciones impactantes para un cambio aquí y ahora”¹⁷. El cambio radical de la organización social ya no es sino una “utopía” y las “ideologías globalizantes” son consideradas como un elemento del pasado. Esta visión de las cosas parece insertarse también en el marco de los procesos postmodernos de individualización, cuyo efecto es el abandono de las narraciones y de los sueños colectivos que animaron los grandes movimientos sociales de la época moderna, en particular modo a lo largo del siglo XX. La idea misma de revolución ya aparece como un concepto inadecuado para pensar el cambio en la sociedad capitalista occidental. El término revolución se admite todavía para definir la transformación de “otras” sociedades que aún no se han incorporado completamente en el molde del modelo capitalista occidental, como en el caso de las llamadas “revoluciones árabes” de 2010 y 2011. Pero, en el imaginario colectivo postmoderno, resulta difícil concebir un cambio de la sociedad capitalista bajo la forma de una revolución: se prefiere y se tiende más bien hacia el esquema conceptual de una evolución, de un cambio gradual. Un ejemplo claro de esta tendencia es el libro, publicado en Francia en el 2012, titulado *(R)évolutions. Pour une politique en actes*, que entiende mostrar cómo los cambios de actitud y comportamiento individual y colectivo en varios ámbitos sociales (agricultura, finanza, industria, sanidad, energía, arquitectura, comunicación, empleo, etc.) podrían llevarnos a vivir mejor¹⁸. A nuestro entender, el juego de palabras del título – (R)evoluciones – es ambiguo y crea de hecho una confusión entre dos conceptos, el de revolución y el de evolución, que por el contrario es necesario distinguir. Según las definiciones de la Real Academia Española, la revolución es un “cambio *violento* en las instituciones políticas, económicas o sociales de una nación”¹⁹, mientras que la evolución es un “desarrollo de las cosas o de los organismos, por medio del cual

¹⁵ Cf. Augé, M., *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. París, Editions du Seuil, 1992; Bauman, Z., *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002; Id., *Vida de consumo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2007. Nótese sin embargo que no todos los estudiosos comparten la idea de un proceso de absolutización del presente (cf. Lipovetsky, G.; Charles, S., *Les temps hypermodernes*. París, Grasset & Fasquelle, 2004).

¹⁶ *Mouvement National des Chômeurs et Précaires*, “Pourquoi ne pas créer votre propre groupe de chômeurs, précaires et solidaires?”. No hay acceso a la página (consultada en octubre de 2012).

¹⁷ *Génération Précaire*, “Un nouvel art de militer”. Disponible desde Internet en <<http://generation-precaire.org/Un-nouvel-art-de-militer>>.

¹⁸ Astruc, L., *(R)évolutions. Pour une politique en actes*. Arles, Actes Sud, 2012.

¹⁹ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 22ª edición, Tomo II, 1795 (la cursiva es nuestra).

pasan *gradualmente* de un estado a otro”²⁰. Asimismo, el aspecto propio y específico de la revolución (el trastorno, el hecho de volver una sociedad de abajo arriba, brusca y violentamente) se difumina y se pierde en la calma y la quietud de la evolución, cuya gradualidad nos recuerda más bien el reformismo. Esta idea de (r)evolución es sintomático del proceso de “desviolentación” social desarrollado por la ideología y las prácticas neoliberales, al que hemos hecho alusión anteriormente. En la misma óptica puede leerse la segunda parte del título del libro, *Pour une politique en actes* (para una política en actos), que evocaría la aptitud de los cambios graduales para traducirse en actos concretos y conseguir resultados eficaces, lo cual implicaría la idea arriba mencionada de que cualquier intento de transformar radicalmente la sociedad capitalista hoy en día sería meramente utópico e inadecuado.

3. COMPARACIÓN PASADO-PRESENTE

En resumidas cuentas: a) rechazo a la violencia y a toda teorización ideológica; b) elección de acciones espectaculares y mediáticas; c) organización horizontal, “espontaneidad” y ausencia de compromiso individual a largo plazo; d) renuncia a la subversión del capitalismo y, en definitiva, al sueño de una revolución. Todos estos elementos están entrelazados y son el resultado de los cambios impulsados por el capitalismo neoliberal, que ha logrado transformar a los movimientos de protesta convirtiéndolos en un factor funcional a la consolidación del proceso de acumulación del capital.

Con todo respeto para los nuevos activistas, a nuestro modo de ver existen algunas contradicciones en su *modus operandi* y, más aún, en su propio concepto de la protesta. Para entenderlo, volvamos rápidamente a los años sesenta y setenta del siglo XX en un país como Italia, y pensemos en los movimientos obreros y estudiantiles de aquella época: eran muy violentos. ¿Por qué? Porque habían identificado en el propio sistema capitalista la fuente, el origen de su estado de subordinación. La protesta de los años 60 y 70, claro está, se expresó en un contexto político muy distinto al de hoy, lo cual se debe precisamente a que estábamos en una fase anterior del proceso de transformación del

capitalismo. En aquella fase, el sistema dominante aún no había logrado anestesiar y adormecer la capacidad de los trabajadores para hacer un análisis político e identificarse a sí mismos como clase, lo que sí ha logrado hacer la ideología dominante durante los últimos veinticinco años, es decir, durante la fase neoliberal del capitalismo.

En Italia, en la década del 60 los movimientos obreros “autonomistas” y antiautoritarios no se limitaban meramente a reivindicar mejores condiciones salariales y laborales, sino que consideraban su explotación material y cotidiana en la fábrica como la expresión de un proceso más general de explotación consustancial al proyecto capitalista²¹. El análisis llevado a cabo por los movimientos obreros era profundamente político y fue justamente su conciencia de clase y la naturaleza política de su reflexión lo que los estimuló a considerar que reivindicación laboral y lucha política iban de la mano y no podían ser desconectadas. La búsqueda de mejoras en las condiciones laborales implicaba necesariamente una meta más general y ambiciosa, esto es, la subversión del capitalismo y la toma del poder (*Potere operaio*, poder obrero, se llamaba precisamente uno de los colectivos políticos extra-parlamentarios que – como *Lotta continua*, lucha continua – se formaron entonces). De ello se derivó justamente su disposición hacia el enfrentamiento violento. La violencia era considerada una respuesta legítima frente a la violencia del sistema dominante: ciudades como Milán, Turín, Roma, Bolonia, donde los enfrentamientos violentos con la policía y los grupos neofascistas eran eventos cotidianos, fueron teatros de una auténtica guerrilla urbana. Añádase a esto la conexión orgánica que se produjo entre movimientos obreros y movimientos estudiantiles, lo cual agudizó aún más la teorización ideológica y la postura virulenta de la contestación. En efecto, los estudiantes, tanto universitarios como preuniversitarios, habían detectado a su vez el mecanismo de

²⁰ Ibid., Tomo I, 928 (la cursivas es nuestra).

²¹ “El obrero [de aquella época] se percató de que todas y cada una de sus necesidades económicas no son sino la expresión de una defraudación más general, y que a sus necesidades económicas sólo es posible darles satisfacción mediante una lucha general para la toma del poder” (Balestrini, N.; Moroni, P., *L’orda d’oro 1968-1977*. La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale. Milán, Feltrinelli, 2011, 292).

subordinación al que los predestinaba el sistema capitalista, lo que explica su opción por el enfrentamiento físico y violento.

La lógica de la contestación social era entonces muy distinta, por no decir diametralmente opuesta, a la de hoy. La postura deliberadamente no-ideológica – y por ende no-violenta – del militanismo-zapping actual se deriva precisamente de la ausencia de un profundo análisis político de la sociedad capitalista. Por ello es legítimo preguntarse si el nuevo activismo no termina adhiriéndose, sin quererlo, a la ortodoxia de la propia ideología neoliberal, cuyo discurso es pretendidamente técnico, neutral y apolítico. Según este discurso, la economía de mercado habría logrado sintetizar las distinciones entre las clases sociales, por lo que ya no habría conflictos ni antagonismos ideológicos, sino problemas meramente “técnicos” (que las mejores prácticas de administración empresarial permitirán resolver). El discurso neoliberal, entonces, condena formalmente la violencia de cuantos puedan concebir la idea misma de oponerse al sistema capitalista – en sí y como tal – y de subvertirlo: el violento sería un retrogrado, un arcaico, es más, un antidemocrático. Como ya se ha dicho, tras la apariencia de la tecnicidad e “ineluctabilidad” de los procesos económicos, la vulgata neoliberal oculta su naturaleza eminentemente política, o sea, su naturaleza de construcciones sociales y proyectos voluntarios. Por ello, nos cabe la duda de que la opción deliberadamente no violenta y pretendidamente a-ideológica de los nuevos militantes pueda paradójicamente seguirle el juego al sistema dominante. Al elegir la no-violencia, se acepta la idea de que la violencia pertenece al pasado, a una época remota, una época de antagonismos partidarios extremistas muy distinta a la era actual. Ser no violento, en suma, significaría reconocer la modernidad de nuestra sociedad; una sociedad cuyos miembros son personas “razonables”, que no se pelean, y donde todo puede ser objeto de negociación y contratación, según los nuevos principios de la “gobernanza”²². En semejante sociedad, democrática y apaciguada, hay lugar para todos, incluso para los precarios, los parados y

todos cuantos quieran protestar y hacerse escuchar: mientras no recurran a la violencia (y acepten sentarse pacíficamente en torno a la mesa donde – gobernanza *oblige* – se negocian las reglas del juego), pueden manifestar su desacuerdo. El beneficio de su aparición en escena es incluso mayor para el sistema dominante, que puede jactarse de su democraticidad y apertura al diálogo con todas las fuerzas sociales.

No es nuestro propósito criticar las redes de activistas que se mencionaron anteriormente y todas aquellas que se han formado a lo largo de las últimas dos décadas. Su flexibilidad, la ausencia de niveles jerárquicos, la libertad de entrar y salir de sus estructuras y la espontaneidad de la participación ciudadana parecen ser una prueba concreta de su éxito. Sin embargo, es legítimo temer que el nuevo “arte” de militar oculte una trampa en la que podrían quedar atrapados los propios activistas. En este sentido, también puede suscitar alguna perplejidad la elección de la teatralización como modalidad de manifestación de la protesta. Cabe preguntarse si las estrategias de mediatización y espectacularización de las operaciones contestatarias no acaban integrando al nuevo militanismo en el mismo molde social (mediático y mercantil) que quieren romper. Lo mismo puede decirse en relación a la horizontalidad de las organizaciones y a la “instantaneidad” de las operaciones llevadas a cabo. En efecto, el capitalismo neoliberal está basado en un potente discurso ideológico que fetichiza la libertad del individuo de emprender, elegir, hacer y deshacer sus redes sociales, en un contexto que lo incita a buscar la felicidad instantánea disfrutando del aquí y ahora. Por lo tanto, y por muy paradójico que pueda parecer, es posible que las acciones contestatarias impactantes e instantáneas, junto con su carácter no violento, generen inconsciente e involuntariamente una suerte de “estética” de la protesta y, por ende, la institucionalicen. Indudablemente, estas acciones mediáticas tienen el mérito de denunciar la precariedad laboral y sensibilizar a la opinión pública acerca de su creciente difusión, pero en el mismo tiempo la mediatizan según las normas y los métodos de la sociedad del espectáculo. Allí es en donde están el peligro y la posible contradicción de este enfoque. Convencidos de que las estructuras tradicionales de movilización social no son aptas y suficientes

²² Para un análisis crítico del concepto de gobernanza, véase Arondel-Rohaut, M.; Arondel Ph., Gouvernance. Une démocratie sans le peuple? Paris, Ellipses, 2007.

para ser escuchados y conseguir mayor visibilidad en el debate público, los militantes han elegido otras herramientas y han optado por el arma mediático. Pero, a través de esta mediación, ¿no existe también el riesgo de darle a la precariedad laboral (y a los demás problemas que se entiende denunciar) un espacio institucional? ¿No existe el riesgo de que la opinión pública se limite a reconocer la existencia de la precariedad y, al final, la acepte como tal?

Por otra parte, la instantaneidad de las acciones de protesta y la organización horizontal de las redes de activistas – que enfatizan explícitamente la ausencia de relaciones jerárquicas entre jefes y subordinados – presentan también algunas contradicciones que son precisamente el resultado de la falta de un análisis político del sistema capitalista. El capitalismo es el fruto de un proyecto, de una construcción que se hizo lentamente, a lo largo de los siglos: combatirlo requiere – como se ha dicho – un análisis complejo y, por lo tanto, la disponibilidad para comprometerse a participar en un contra-proyecto que sólo puede dar resultados a largo plazo. En otras palabras, combatir el capitalismo significa adoptar una perspectiva que implica la continuidad de la lucha (*lotta continua*) y la conciencia de que es necesario proyectar el combate hacia un futuro lejano. “Armar” un contra-proyecto anticapitalista conlleva entonces la creación de un movimiento estructurado cuya organización puede difícilmente limitarse a la existencia de una red informal de relaciones horizontales con la posibilidad de entradas y salidas repetitivas dentro y fuera del colectivo. Prueba de ello es la evolución de los movimientos obreros italianos y las vanguardias estudiantiles que, a finales de los años 60, “empezaron a ‘verticalizar’ e ideologizar sus estructuras de contra-poder dentro de las universidades”²³. Es decir, los militantes sintieron la necesidad de superar la dimensión simplemente espontánea de su protesta – que había caracterizado la primera fase del proceso – y formalizar su acción dentro de una organización vertical estructurada jerárquicamente. La espontaneidad de los primeros colectivos obreros – que confundían “la fábrica y lo social en un único proyecto”²⁴ – dio paso a una acción más formal y or-

ganizada. Por cierto, se planteó el problema de cómo proceder para no reproducir los esquemas rígidos del partido y del sindicato, a los que aquellos movimientos criticaban y de los que querían precisamente distanciarse. Así expresaba *Lotta continua* esta preocupación: “Está claro que, al apagar la iniciativa directa de las masas, las organizaciones tradicionales traicionaron los intereses de la clase obrera [...]. Por ello, la nueva organización debe garantizar en primer lugar que no se reproduzca un mecanismo de poder fundado sobre la inercia y la pasividad, sino que se solicite la máxima emancipación real de los explotados, pero con la máxima disciplina colectiva de solidaridad”²⁵. Quizás se pueda discutir sobre si se logró un tal objetivo, pero sí es cierto que la preocupación de salvaguardar la flexibilidad operativa no impidió la toma de conciencia de que era necesario formalizar el marco organizacional en el que tenía que desarrollarse la protesta. Cuando se detectó claramente el peligro de su dispersión e ineficacia, emergió la necesidad de organizarse y darle un sólido esqueleto al movimiento²⁶.

La evolución del análisis político fue lo que estimuló semejante proceso. Del estudio de la línea política que era preciso seguir y desarrollar – “una línea radical, anticapitalista, altamente conflictual, o mejor dicho, la forma más madura del conflicto”²⁷ – se derivó justamente la necesidad de dar paso a estructuras y reglas organizativas nuevas y más complejas. Los militantes deseaban conservar su carácter informal, no-burocrático y no-autoritario, pero el salto hacia la “organización” se les presentó como ineludible para evitar que el movimiento se apagara paulatinamente. Su evolución hacia la lucha armada – que en Italia desembocaría más tarde en la formación de grupos extremistas como las Brigadas Rojas y los Nap (núcleos armados proletarios) – fue la consecuencia, por así decirlo, lógica de este enfoque y de la toma de conciencia de los vínculos sistémicos entre línea política, organización y violencia: “De lo que se trata no es de vencer ya y de conquistarlo todo ahora [...], sino de crecer en una lucha de largo plazo utilizando esos mismos y poderosos obstáculos que nuestro movimiento en-

²³ Balestrini, N.; Moroni, P., *L’orda d’oro 1968-1977*, op. cit., 351.

²⁴ *Ibid.*, 359.

²⁵ *Ibid.*, 370.

²⁶ *Ibid.*, 367.

²⁷ *Ibid.*, 365.

cuentra en su camino, y pasar de ser un movimiento de masa espontáneo a ser un movimiento revolucionario organizado”²⁸.

Semejante perspectiva analítica y de acción (continua, a largo plazo, estructurada, violenta) es diferente de la postura actual del militantismo-zapping (intermitente, instantánea, desestructurada, pacífica). El elemento clave, el eje sobre el que descansa la diferencia entre esos dos enfoques – insistimos sobre este punto – es el análisis político del capitalismo: presente en el primer caso, ausente – o en todo caso, débil e incompleto – en el segundo. En un artículo publicado en 2007 en *Le Monde diplomatique*, Samir Amin ya había identificado los límites fundamentales de los nuevos movimientos altermundialistas con su incapacidad para hacer un análisis sistémico del capitalismo: quieren luchar contra sus efectos, pero sin cuestionar sus principios fundamentales, lo cual hipoteca la posibilidad de proponer soluciones realmente alternativas. El capitalismo sigue siendo el referente, el marco dentro del que se buscan soluciones. Aunque el fracaso de las experiencias intentadas en el siglo XX en nombre del socialismo no debería estimular la renuncia al ideal del socialismo, los movimientos contestatarios están resignados a objetivos más modestos: luchan contra el neoliberalismo, pero sin estar dispuestos a tratar de socavar el capitalismo. Sólo se procura construir un capitalismo con “rostro humano”²⁹. A nuestro parecer, este enfoque es contradictorio, siendo el neoliberalismo la forma fenomenológica bajo la cual se manifiesta el capitalismo en la época actual: separar lo uno de lo otro es una contradicción en los términos y es ineficaz, ya que al no solucionar el problema de raíz, se deja que se reproduzcan los efectos nefastos de todo el sistema. Los límites y las contradicciones de la búsqueda de un capitalismo con rostro humano se deben precisamente a la falta de un análisis político de las condiciones infra y superestructurales del capitalismo.

CONCLUSIÓN

Estas consideraciones no quieren ser el pretexto para hacer apología de la violencia ni mucho

menos para ofrecer una visión nostálgica de los movimientos contestatarios del pasado. Como se ha explicado, el capitalismo está ontológicamente sometido a un incesante proceso de transformación, por lo que no tendría sentido esperar volver atrás y reproducir un contexto social que ya ha sido modificado. El objetivo del presente trabajo es más bien poner de relieve la legitimidad de la violencia como modalidad de expresión y forma de diálogo político, en un contexto político que produce violencia socio-económica (precariedad, desempleo, pobreza) y se nutre de ella.

Como ya se ha aclarado, esto no significa que no haya contestaciones violentas hoy en día: éstas no se expresan solamente bajo la forma tradicional de motines callejeros, sino también de otras maneras más “innovadoras” (los asaltos a supermercados para llevarse carros llenos de alimentos básicos, por ejemplo, podrían ser interpretados como actos que implican cierta dosis de violencia)³⁰. Pero la violencia a la que nos referimos es la que tendría que expresarse contra la lógica y la naturaleza misma del capitalismo. Esta violencia sí ha sido expulsada y condenada al ostracismo por el discurso neoliberal: a quien se atreve simplemente a hablar de oposición entre capital y trabajo o bien de lucha de clases, se lo acusa de estar haciendo “catequismo ideológico” y utilizar “palabras de combate”³¹. Por el contrario, el enfrentamiento violento – verbal y físico – puede formar parte de la confrontación entre los grupos sociales. La violencia, claro está, no debe ser entendida como un fin en sí mismo ni como un medio deseable y eficaz *a priori*: nadie podría defenderla como tal. Pero su negación absoluta puede conllevar la negación de las causas profundas de la precariedad, la pobreza y los demás

³⁰ Los asaltos de movimientos de activistas a tiendas y supermercados se han producido tanto en España como en Francia. Cf. “Andalucía. Sánchez Gordillo capitanea el asalto a dos supermercados”, *El País*, 07/08/2012. Disponible desde Internet en <http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/08/07/andalucia/1344338647_871994.html>.

³¹ “Catequismo ideológico” y “palabras de combate” son las expresiones que fueron pronunciadas recientemente en un debate televisivo por dos economistas franceses conocidos por sus posiciones neoliberales ante sus interlocutores que criticaban el capitalismo neoliberal utilizando las categorías analíticas marxianas.

²⁸ *Ibid.*, 388.

²⁹ Cf. Amin, S., “Quel altermondialisme?”, *Le Monde diplomatique*, enero de 2007, 28.

efectos perversos del capitalismo neoliberal, a los que se suele presentar como efectos secundarios y como un simple (aunque dramático) malestar. Por el contrario, estas causas deberían ser investigadas en el marco de un análisis político, es decir, un análisis de la naturaleza del capitalismo – que está basado en el conflicto insoluble entre capital y trabajo – y de la lógica de su evolución.